

Oli busca el mar

EDURNE CADELO

@lacadelo



www.marchapublico.com



Oli busca el mar

Primera edición, año 2018

© de la obra: Eduarne Cadelo

edurnecadelo@gmail.com

Instagram: @lacadelo

Facebook: Eduarne Lacadelo

Edita: www.mundopalabras.es

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 37 46

ISBN: 978-84-949406-1-3

Diseño de cubierta: mundopalabras.es

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Sara;
Vivimos lejos, pero nos sentimos cerca. Que
nos quiten todo menos las risas, prima.

ÍNDICE

- 1- VACACIONES
- 2- VAMOS A PONERNOS AL DÍA
- 3- FIESTA NO, FIESTÓN
- 4- CAPULLO Y ENGREÍDO
- 5- ACTUAR SIN PENSAR
- 6- FUERZA Y CONTROL
- 7- MENOS LIBROS Y MÁS TELEVISIÓN
- 8- DE CENA
- 9- SOLO ES UNA NOCHE
- 10- A LA MAÑANA SIGUIENTE
- 11- LA OLA PERFECTA
- 12- TOMAR CONCIENCIA
- 13- LA PUESTA DE SOL
- 14- DEJAR QUE LAS COSAS FLUYAN
- 15- VOLVER A SENTIR
- 16- ALUMNA Y PROFESOR
- 17- MIS FANTASMAS
- 18- TE ESCUCHO
- 19- ME VOY
- 20- EL ÚLTIMO DÍA
- 21- LA ÚLTIMA NOCHE
- 22- VIAJE DE VUELTA
- 23- EL CIEGO QUE NO QUIERE VER
- 24- PASANDO LOS DÍAS
- 25- FELIZ CUMPLEAÑOS, MADRE
- 26- ME QUEDO O ME VOY
- 27- Y LLEGÓ EL DÍA
- 28- BENDITA COINCIDENCIA
- 29- BOFETADA DE REALIDAD
- 30- MENTIRAS Y MÁS MENTIRAS
- 31- APRENDIENDO A RECORRER EL CAMINO
- 32- TE ECHAREMOS EN FALTA, RUBIA
- 33- COMO UN CRÍO

- 34- NUESTRA PRIMERA VEZ
- 35- NO QUIERO PARAR
- 36- YO QUIERO QUE TODOS LOS VIERNES SEAN ASÍ
- 37- SEXO DULCE
- 38- CONTROLANDO MI CORAZÓN
- 39- NUESTROS PASADOS
- 40- PONER LOS PIES EN EL SUELO, O NO
- 41- MADRID
- 42- MÁS LUZ Y MENOS SOMBRAS
- 43- CERRANDO UNA PUERTA, ABRIENDO UNA VENTANA
- 44- NO CORRAS TANTO
- 45- PRIMERO LA CENA Y DESPUÉS EL POSTRE
- 46- POR FIN SOLOS
- 47- NUEVO HOGAR, NUEVA VIDA
- 48- LONDRES
- 49- CELOS
- 50- Y LLEGA LA NAVIDAD
- 51- REGALO DE PAPÁ NOEL
- 52- NUEVA YORK
- 53- CAMBIANDO MI SUERTE
- 54- EXPLOSIÓN
- 55- CONFESIONES
- 56- CARA A CARA
- 57- EL PRINCIPIO DEL FIN
- 58- NO SE VA A DESPEDIR
- 59- ADIÓS, OLI, ADIÓS
- 60- LOS ÁNGELES
- 61- AL BORDE DEL PRECIPICIO
- 62- NO ESTOY PARA FIESTAS
- 63- ASCO
- 64- CAMBIANDO EL CUENTO
- 65- CONSTANCIA
- 66- ARDE ROMA
- 67- ÚLTIMA PARADA
- 68- OLI ENCUENTRA EL MAR
- EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

1- VACACIONES

La loca de mi amiga Sara me está poniendo de los nervios, va a mas de 130 km/h por la A4 rumbo a Sevilla, nuestra primera parada. A este ritmo no tardaremos mucho en llegar. En la capital hispalense recogeremos a nuestra amiga Rocío; bueno, nosotras la llamamos cariñosamente Ro. La siguiente parada y definitiva será El Palmar en Cádiz. Vamos a pasar juntas una semana de vacaciones. Hace millones de años que no sé lo que es eso.

Los padres de Ro tienen un chalet allí, muy cerca de la playa. Ha sido una suerte que ellos estén de viaje por Europa y podamos pasar unos días las tres solas. Vamos a celebrar que ya hemos terminado el Grado en Administración y Dirección de Empresas y que por fin diremos adiós a la Universidad.

Los padres de mi amiga Sara están separados hace muchos años, su padre dejó a su madre cuando Sara tendría unos diez años más o menos y hace poco se casó con otra chica mucho más joven que él, con la que tiene una niña de ocho años, a la cual mi amiga se empeña en llamar hermanastra, término que aborrezco. La cabrona de mi amiga siempre ha llorado a su padre y ha jugado con él la baza de niña abandonada. Su padre, que es débil y tiene remordimientos de conciencia por haberse perdido parte de su vida, siempre cae en la trampa. La mayoría de las veces ha intentado suplir esa falta de dedicación agasajando a sus hijos en todo lo que pedían. De niñas, recuerdo que ella siempre tuvo la mejor bicicleta, los mejores patines, la primera videoconsola del barrio, el ordenador de última generación... Marta, su madre, montaba en cólera cada vez que llamaban a la puerta y aparecía un mensajero con un nuevo trasto. En esta ocasión, por graduarse, le ha regalado un

Mini rojo; aunque es de segunda mano, está perfecto y va como un tiro. Por eso, esta loca está más contenta que unas castañuelas y no suelta el pie del acelerador. A pesar de haberla malcriado, según versión de su madre, mi amiga es la persona más generosa que conozco, sobre todo conmigo.

Sara y yo somos las mejores amigas del mundo mundial desde que su hermano mellizo Carlos nos pegara un chicle en el pelo con tres años, en primero de Educación Infantil. Al principio, nuestra unión tenía como único objetivo hacer fuerza para luchar contra el malo de Carlitos; pero después fuimos luchando contra otros objetivos: la niña chivata de clase, la estirada de Clara (nuestra profesora de mates) que nos mandaba callar continuamente y salir a la pizarra, el malote del patio, que era uno que con solo mirarnos ya nos acojonaba, la empollona... Vamos, lo normal en las aulas. Los cursos avanzaban y nosotras ya nos habíamos convertido en una piña.

Crecimos juntas en Vallecas, un barrio en el sureste de Madrid, apenas a unas calles de distancia, y se puede decir que somos uña y carne desde siempre, como hermanas de distinta madre.

Nuestro barrio, denominado El Puente de Vallecas, siempre ha sido un barrio de gente humilde y trabajadora. Siempre ha tenido cierta tradición contestataria y contracultural, de ahí que se suela escribir con una K, supuestamente transgresora "Vallekas". Ese carácter luchador del barrio es el que fraguó nuestra unión hasta hoy.

Lo interesante de nuestra amistad es que Sara y yo no nos parecemos en nada, ni física, ni emocionalmente. Ella es menuda, con ojos marrones y pelo corto. De pequeña era muy rubia y ahora, que ya se le ha oscurecido un poco, se lo ha decolorado por completo y lo lleva casi blanco, con un corte muy moderno que la queda genial. Yo en cambio soy morena y llevo la melena larga, nunca me he arriesgado con un corte de pelo y mi tez es más morena

también. Tengo los ojos marrones verdosos y soy un poco más alta que ella, de niñas siempre nos conocían como la rubia y la morena. En lo que se refiere al carácter, ella es muy extrovertida, parlanchina y divertida. Es bastante nerviosa y vivaracha, no puede estar quieta mucho tiempo. Por el contrario, yo soy más introvertida, quizás antes no lo era y me he convertido con el paso del tiempo, eso no lo puedo asegurar. Lo que sí sé es que soy una persona calmada, creo que pocas cosas me alteran en esta vida, al menos nunca lo demuestro.

Tienes razón, soy una auténtica maleducada, ni tan siquiera me he presentado. Yo soy Oli, también es como me llaman, porque mi nombre en realidad es Oliva. Sí, he dicho Oliva, como la aceituna. Llevo más de la mitad de mi vida y ya tengo veinticuatro años aclarando a la gente que Oli es el diminutivo de Oliva, no de Olivia, como todo el mundo piensa. Cuando a mi madre se le ocurrió mi nombre, ya intuía que iba a tener que explicarlo, ella misma me presentaba con la coletilla “como la aceituna”, así que no me molesta tener siempre que añadir la aclaración. En cierto modo, siempre que lo aclaro me acuerdo de ella. Siendo sincera, me acuerdo de ella todos los días. A veces cuando me levanto y me pongo a preparar el desayuno, su comida favorita del día. Otras al mediodía y muchas veces por la noche. No sé, algo deben de tener las noches que siempre consiguen que mi cabeza no pare de girar y girar. Si me grabara mis pensamientos nocturnos, podría escribir mil libros. Hay veces que me acuerdo de sus palabras, otras de su sonrisa, otras de los paseos que dábamos por Madrid, incluso de los libros que me leía. Del mar, de cómo nos gustaba ir al cine los domingos... Su recuerdo atrapa mi memoria y puedo entrar en bucle fácilmente, aunque la mayoría de las veces yo no me dé ni cuenta.

—¡Oli! ¡Vuelve de dónde quiera que estés! —me grita Sara al verme con la mirada perdida.

Sé que la presentación ha sido breve, pero poco a poco irás conociendo más cosas de mí. No he tenido una vida fácil, así que tendrás que tener paciencia.

—¡Estoy aquí, tranquila! Pero si no aflojas, no sé si moriremos antes de recoger a Ro.

—¡Vamos! Hemos venido a disfrutar; ¿quieres relajarte y desconectar un poco?, aunque sea solo esta semana.

—Venga, súbeme la radio, como dice Enriquito —le digo provocándole una carcajada más que sonora. Si una cosa caracteriza a mi amiga Sara es que cuando se ríe es una escandalosa.

— ¡Quique Parroquias, querrás decir! —Y me uno a su risa por su chiste malo.

Mientras subo el aire acondicionado, porque parece que estamos atravesando el desierto, escuchamos "Feels" de Calvin Harris, Pharrel Williams y Katy Perry. Y con el *buenrollismo* que transmite la canción, continuamos nuestro viaje.

—Creo que Diego se ha enfadado —confieso con voz queda.

—¡No me jodas!, o sea, que dedicas la mayor parte de tu vida a estar con él y porque vengas una semana con nosotras se mosquea. No lo entiendo ¡Vaya mamón!

Sara no se corta a la hora de hablar de mi novio. Sí, Diego es mi novio, salgo con él desde que tengo dieciséis años, es mi primer y único amor. Las circunstancias de la vida han precipitado bastante nuestra relación; pero ahora no quiero hablar de ello, ya tendré tiempo para explicarme.

Sara lo conoce desde la infancia, como yo, y aunque al principio se llevaban mejor, de un tiempo a esta parte no le soporta. "Abre los ojos, Oli", me repite una y otra vez. Según ella, no puedo quedarme con el primer y único tío con el que he estado. "Eso no es viable". Palabras textuales de mi amiga.

No sé por qué le he contado nada, si ya sabía cuál iba a ser su reacción. Me concentro en la carretera de nuevo y en

la música. Sin darnos cuenta, ya estamos entrando en Sevilla.

—¡Hola, petardas! Sacadme de este infierno. No soporto este calor.

Hemos parado en el portal de casa de Ro y esperamos a que entre al coche. Nosotras ni nos hemos bajado a ayudarla a meter la maleta en el maletero, el termómetro de la calle marca ahora mismo 42° y son las tres de la tarde, como para poner un pie fuera y derretirnos con el asfalto.

—¡Hola, mi niña!; si tú no soportas el calor, que eres sevillana, ¿no pretenderás que lo aguantemos nosotras? —pregunto mientras me da dos besos.

—Pues ya ves, será que ya soy más madrileña que sevillana —nos dice muy digna.

Rocío nació en Sevilla y estudió en su ciudad hasta que acabó secundaria. Para empezar bachiller se mudó con sus padres a Madrid. El padre es un alto cargo de una entidad bancaria y le trasladaron a la capital. Como te imaginarás, no estudió en nuestro instituto del barrio, lo hizo en un colegio privado de monjas. Cuando iba a empezar en la universidad, se empeñó en ir a la pública, su padre no quería de ningún modo, pero al final lo convenció y allí, en primero de carrera, nos conoció.

Aunque pertenecemos a mundos muy distintos, desde el minuto uno conectamos y hemos mantenido nuestra amistad durante toda la carrera. Sus padres son muy religiosos y bastante clásicos, así que Rocío ha recibido una educación muy estricta. Al principio en la universidad estaba muy cortada; pero ahora, con veinticuatro años, parece que empieza a despertar. Nos hace mucha gracia oírla hablar de su virgen y acto seguido mencionarnos que necesita un restregón con un buen maromo. Ya ves, dicotomías de la vida.

Rocío no puede negar que es andaluza, tiene esos rasgos tan característicos del sur. Es morena, con el pelo negro ri-

zado, unos ojazos negros que iluminan su cara y buenas curvas. Está tan mimetizada con su tierra que, aunque ahora nos diga que se siente madrileña, le encanta su ciudad natal. La Semana Santa, su Virgen de la Macarena, su Feria de Abril... Siempre que puede, viene a pasar aquí unos días. Incluso en el tema de los hombres se nota que es del sur. Todos los que le gustan tienen pinta de señoritos. Normalmente se fija en los que van muy arreglados, con su pantalón de vestir, su camisa azul o blanca y zapatos. En la universidad nos hacía mucha gracia cuando en las fiestas algún chico con vaqueros y camiseta se le acercaba y ella, disimuladamente, se iba apartando. Yo le vacilo diciéndole que al final se enamorará de un científico loco con las camisetas llenas de agujeros.

Tardamos en llegar una hora y pico. Nos cuenta que la playa del Palmar es una de las menos masificadas de la Costa de la Luz, tiene una longitud de unos ocho kilómetros y es de las más tranquilas debido a que no hay urbanizaciones cerca. El chalet de los padres de Ro está ubicado casi a pie de playa, entrando por un camino muy estrecho sin asfaltar y custodiado por pinos. Justo al lado hay otro casi idéntico que pertenece a sus tíos. Nos había hablado muchas veces de este lugar, pero es la primera vez que venimos.

Yo he estado fuera de Madrid los dos últimos años y siempre he tenido que preparar algún examen para septiembre. Nunca he tenido ni un solo minuto para relajarme y disfrutar del verano. A pesar del mosqueo de Diego, creo que me merezco estas vacaciones. Me encanta que esté todo un poco salvaje. No se oye ni un ruido y eso es genial.

Abre la puerta con un mando y Sara mete su coche hasta una especie de pérgola de forja, que hace de garaje. El chalet es blanco, de una sola planta, bastante grande. Está rodeado de una valla también blanca de láminas de madera. Tiene un jardín que no está muy cuidado, cuatro hierbas

más bien secas y algunos arbustos desperdigados. Hay un porche en el lateral de la casa, que da a una pequeña piscina. Esta sí está limpia, me imagino que tengan a alguien que se encargue del mantenimiento. Hay hamacas de madera y un columpio colgando de un árbol.

—Joder, qué bien vamos a estar aquí, chicas —dice Sara poniéndose las gafas de sol en la cabeza. Ese gesto tan suyo.

—Eso espero, necesito un poco de relax —digo convencida.

—Ya está aquí “Oli la Marchosa”. ¡Relax, relax...! Lo que necesitamos es un poquito de movimiento para estos cuerpos, que de tanta silla de la biblioteca están entumecidos.

—¡Vale, tranquilas! Habrá tiempo para todo —les digo mientras entramos en casa a dejar las maletas.

—Yo quiero playita, mojitos y tíos. No hay mejor combinación — es lo que sentencia Ro.

Hay tres habitaciones y elijo la que da al jardín, es la más grande y me encanta que tenga salida al porche. Me han dejado quedarme con la que tiene la cama de matrimonio, a pesar de que tengo novio y soy la única que no va a traer a ningún tío a dormir en ella. Me ha parecido bastante raro que Sara no luchara por quedarse con esta; pero, en fin, no voy a ser yo la que abra la boca. Otro síntoma de su generosidad, pienso divertida.

Nos ponemos el bikini y decidimos ir a la playa, no hay ni una nube y sopla un poco el viento. En esta zona siempre sopla y se agradece, porque así las temperaturas, aunque sean altas, se pueden soportar. Cuando salimos por la puerta pequeña, nos apartamos porque llegan un par de coches y el camino es muy estrecho. El primero que nos alcanza es un todo terreno negro, se para justo delante de nosotras y baja la ventanilla.

—¡Hola, primita y compañía! —saluda el conductor.

Es un chico muy moreno, con el pelo bastante largo y unos ojos negros enormes. Se parece un montón a nuestra amiga.

—¡Hola, Jose! —saluda Ro, y se acerca a darle dos besos —. Qué, ¿llegáis ahora?

—Sí, estaremos toda la semana con unos amigos. Podéis pasar a la noche, que vamos a organizar una fiesta.

—¡Perfecto!, a la noche nos vemos. Ahora nos vamos a la playa a darnos un baño.

—Muy bien, a la noche nos vemos entonces.

Sin poder apartarnos, pasa otro todoterreno, este es blanco y sin detenerse entra en la finca también.

—Joder, qué pedazo de moreno, ¿no? —pregunta Sara ojiplática.

—¡Tranquila, Sarita!, es mi primo y tiene más peligro que una piraña en un bidé. No te lo recomiendo —contesta Ro negando con la cabeza.

Continuamos por el sendero hasta la playa. Rocío nos cuenta que es su primo Jose y que tiene un grupo de flamenco junto a su hermano Jacobo. Nos dice que están a punto de sacar un disco y que son famosos porque siempre montan unas juergas legendarias.

—Uf, muy flamenco para mí. Prefiero los que van a los festivales con chanclas y camisetas —dice Sara mientras espera que a Ro le dé un escalofrío.

Se nos escapan las carcajadas a las tres.

—Son unos vividores, de los que se acuestan cuando amanece y duermen durante el día —nos comenta su prima.

—Bueno a mí eso me da igual, lo único que me interesa es que ha mencionado la palabra mágica: ¡Fiesta! No hay mejor forma de empezar unas vacaciones que con una buena fiesta —dice Sara muy entusiasmada.

Yo, para qué te voy a mentir, no tengo muchas ganas de fiesta. Prefiero estar un rato en la playa, darme un baño, hablar de temas sin mucha importancia, volver a casa, cenar

las tres y contar batallitas. Yo no tengo mucho que contar, así que prefiero escuchar. El último año no he estado con ellas en clase y me gusta escucharlas hablar de sus últimas conquistas o de los tíos que tienen en mente para el futuro, de las petardas de nuestras compañeras, que también las hay, como cuando estábamos en el colegio. Hablar de lo que vamos a hacer ahora que somos graduadas y tomar unas cervezas en plan *tranquis*.

Con Sara y Ro desatadas, creo que mi plan tendrá que esperar.